

DOMINGO II DE TIEMPO ORDINARIO

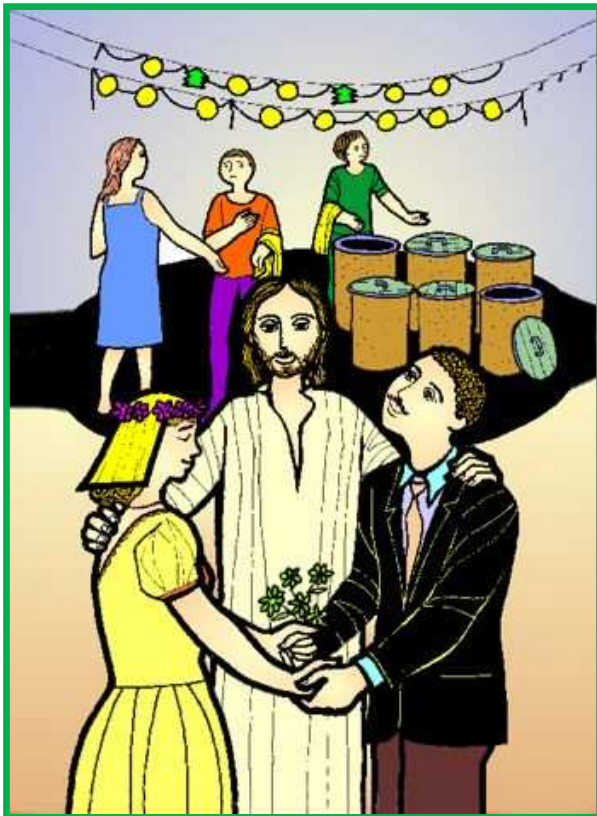
1ª lectura (Isaías, 62, 1-5): *Los pueblos verán tu justicia.*

Salmo (95, 1-2a.2b-3.7-8a.9-10a y c): *«Contad las maravillas del Señor a todas las naciones»*

2ª lectura (1ª Corintios, 12, 4-11): *Todos los carismas para el bien común.*

Evangelio (Juan 2, 1-11): *Haced lo que Él os diga.*

Jesús nunca fue un personaje solitario, serio, solemne o aburrido. Jesús no tuvo como preocupación primera la reforma de las costumbres de sus contemporáneos, ni trató de depurar el culto o las tradiciones religiosas de su pueblo. Jesús es ante todo la Buena Noticia de Dios. Una noticia gozosa, porque es buena. Una noticia que se cuele hasta lo más íntimo de los corazones de la gente.



Leemos en el evangelio que Jesús, con su madre y unos discípulos, asistía a unas fiestas de boda en Caná de Galilea. Y esa fiesta, se veía amenazada por la falta del vino. La alegría de los festejos peligraba y se podía convertir en lamentos. No hay vino, no hay alegría, la fiesta va a terminar mal. Nos dice el evangelista san Juan que allí Jesús hizo su primer signo convirtiendo el agua de unas tinajas en vino. La fiesta podía seguir durante muchos días más.

Donde está Dios, dónde está Jesús, el gozo es pleno, total, sobreabundante. No son los cristianos de “*caras largas*”, ni los que se encierran en sus devociones y hacen pleitos por detalles insignificantes de rúbricas y tradiciones, ni los que parecen vivir para criticar la conducta de los demás, los que reflejan el rostro de la misericordia de Dios. La misericordia de Dios, su gloria, se muestra a través de aquellos que son

capaces de hacer felices a los demás. Aquellos que se deciden a colaborar con Jesús para que no se acabe el vino en la fiesta nupcial.

La fiesta del encuentro con Cristo resucitado, que es la Iglesia, también puede verse amenazada. Cuando en la Iglesia nos volvemos autorreferenciales, cuando solo pensamos en procedimientos o nos encerramos en críticas y perdemos la alegría... es como si nos hubiéramos alejado del motivo de la alegría: Jesús. Es como si nos hubiéramos quedado sin vino.

Sentimos la predilección de Dios por nosotros y, como los criados del evangelio, también queremos que “*el agua*” de las tinajas de la vida cotidiana se convierta en “*vino bueno*”. Que nuestras jornadas, las alegrías y preocupaciones, así como nuestro trabajo y nuestras ocupaciones, pasen a ser auténticos momentos de encuentro con Jesús al servicio de todos.

«*Así manifestó su gloria...*». Con estas palabras, el cuarto evangelista concluye este hermoso y conocido relato. Que se trate de un hecho real o de una metáfora es algo que prefiero dejar a los sesudos y eruditos teólogos. Me basta con leer y releer este pasaje para ensanchar mi mente y mi corazón y superar una comprensión a veces infundada de lo que es Jesús para la humanidad, para nosotros los cristianos y para mí en particular.

«... y sus discípulos creyeron en Él». ¿Creyeron en alguien que cambia agua en vino? No, me parece que no es así. Más bien creyeron en alguien que puede hacer plena y permanente la alegría de los hombres: ¿Se te está acabando el vino? ¿Se ha acabado o se te está acabando ya el gozo en tu vida? ¿Se te acaba el vino de tu vida conyugal o familiar? María nos da la respuesta: «*Haced lo que Él os diga*».

María nos indica qué tenemos que hacer. Es una invitada importante que hoy sigue poniendo nuestra atención en Jesús. No lo podemos olvidar. Él es el maestro y el señor que establece la nueva alianza de Dios con su pueblo. Ha comenzado un nuevo tiempo de abundancia y alegría. A los asistentes a esa fiesta les regaló seis tinajas de vino, de cien litros cada una. Pero hay una séptima tinaja, la tinaja inagotable, que es Jesús mismo: él es la fuente del gozo perenne de la alianza entre Dios y su pueblo. María solo pone a Jesús al tanto de tu situación y se hace a un lado. «*Haz lo que Él te diga*», déjale que transforme tu agua en vino. Permítele que así manifieste su gloria, mediante el don de la alegría perfecta.

San Pablo llamaba carismas a los dones especiales que Dios concede para el bien de la Iglesia, de la comunidad o del mundo. Es la vida desde la fe. Poner todo a disposición del Señor y, por tanto, de los demás. En la Iglesia, a lo largo de los siglos, han surgido un sinnúmero de carismas para dar respuesta a los retos que se han ido planteando.

También hoy surgen nuevos carismas que nos recuerdan la actualidad de la fe, la importancia del encuentro con el Señor, el compromiso con anunciarlo y el servicio a los pobres... todos son necesarios para el desarrollo de la Iglesia y el Evangelio.

Quienes hemos experimentado el encuentro con el Señor no permanecemos en silencio, sino que buscamos mostrar con toda la claridad que seamos capaces la alegría de la fe y la felicidad de formar parte del proyecto de Dios para la humanidad. Nuestro mundo necesita testigos de la fe. Porque Dios cuenta con nosotros, nos sentimos hombres y mujeres de esperanza que, transformados por Jesús, mostramos en nuestra vida la Buena Nueva del Evangelio.